

1.4 El arte de la creación - RE: Deidad - La respiración de la creación

- 1.4 El arte de la creación - RE: Deidad - La respiración de la creación

1.4 El arte de la creación -

RE: Deidad - La respiración de la creación

Pasar tiempo con Madre siempre era un placer, en opinión de Reika. La chica de cabello verde tarareaba mientras se acomodaba en las ramas de su Árbol, balanceándose con las piernas colgando del extremo de una gran rama y mirando muy abajo, hacia Madre, que cuidaba las raíces. No entendía por qué Madre sentía la necesidad de cuidar el Árbol que da Vida; éste crecía perfectamente solo, pero no iba a cuestionarla si eso significaba poder pasar más tiempo juntas. Aunque ella estaba muy ocupada gestionando los Cuatro Reinos y ayudándolos a crecer, siempre encontraba un momento para estar con sus hijos.

Reika simplemente era ansiosa, deseaba más.

Pero por ahora, podía disfrutar de la presencia de su Madre.

Con un suspiro de satisfacción, Reika se recostó en la rama y miró a través de la inmensa copa de su árbol, observando cómo las grandes hojas —cada una tan grandes como veinte montañas— se agitaban y ondeaban, sintiendo la cálida luz del Sol del Reino que caía sobre ella. A diferencia de sus hermanos, que aún desconfiaban de la gran creación después de tantos años, ella podía ver y entender su belleza. Gracias a su conexión con el Árbol, sentía cómo su luz y calor impregnaban las hojas y la tierra, nutriendo el tronco y alimentando su crecimiento... ¡oh!

Los ojos de Reika se abrieron de par en par cuando algo debajo de su Árbol se movió, una oleada de alivio recorrió su tronco haciendo que las ramas temblaran.

“Eso fue,” dijo Madre desde muy abajo.

Con apenas pensarlo, Reika se impulsó desde la rama, el viento la tomó y aceleró su caída. Aterizó suavemente frente a Madre, clavando los dedos en la tierra blanda que rodeaba su árbol y arreglando su vestido con ambas manos. La observó con una expresión aparentemente divertida, sus ojos verdes penetrantes fijo en ella con su intensidad habitual.

—¿Qué fue eso? —preguntó Reika. Su Árbol se sentía... aliviado, como si hubiera sido levantado un peso o se hubiese salido una espina metafórica. —¿Qué hiciste?

—Por eso cuidamos las cosas, mi querida —dijo Madre con tono ligero, dando un paso adelante y girando suavemente a Reika, señalando donde las raíces del Árbol tocaban la tierra. —Y tú dime

qué hice. Mira, ¿qué ha cambiado? —preguntó. Reika frunció el ceño. Madre siempre hacía eso: no daba respuestas directas, la animaba a encontrarla por sí sola, pero la guiaba con suavidad en esa dirección.

Con un pequeño sacudido de cabeza, Reika centró su atención en donde Madre le señalaba, permitiendo que sus sentidos se abrieran al mundo que la rodeaba. Los elementos revoloteaban locamente, el viento aún azotaba a su alrededor, feliz de obedecer sus peticiones. La tierra bajo sus pies era sólida, pero constante y cambiante, las raíces de su Árbol buscaban en el suelo nutrientes... ¡oh! ¡Eso era lo que había cambiado!

—¡Desenredaste los elementos bajo el árbol! —exclamó. —Ni siquiera me había dado cuenta hasta ahora. La energía elemental era distinta de los elementos básicos que existen físicamente; estos podían producir tales elementos, pero no necesariamente tenían que ser ellos mismos. La energía del fuego podía existir sin la presencia del fuego, y esa energía se había acumulado debajo del Árbol: un nudo enredado de energía de fuego y tierra, presionando dolorosamente las raíces del Árbol.

—El mundo físico está en constante cambio, así que debemos mantenernos alerta. Hay un flujo natural de energía en toda la tierra, con el Árbol que da Vida como centro. Eventualmente, estos cambios pueden disminuir, pero dado lo rápidamente que cambian las cosas ahora, y cómo la energía reacciona ante todo —desde el peso hasta el movimiento del Sol del Reino—, siempre habrá momentos en que se enreden, —dijo Madre asintiendo—. Incluso ahora, la tierra alrededor del Árbol sigue expandiéndose, los elementos se combinan para crear un lugar donde la vida pueda prosperar. Pronto podremos plantar más plantas y crear una verdadera vida aquí, aunque aún no —dijo con cierta nostalgia.

Reika asintió con la cabeza. Había notado eso sobre su Reino, especialmente en comparación con los Reinos de Keilan o Elvira. Aquí, la tierra cambiaba, el Árbol cambiaba, todo era mucho más caótico que en los Reinos del Cielo o los del Karma.

“Ya veo,” dijo ella.

“Ahora que eso está hecho, ¿qué tal si vamos a comer helado?” preguntó mamá de repente. Reika se rió por el cambio brusco de tono, girándose para mirarla con una expresión divertida y un movimiento de cabeza divertido. A veces, mamá tenía los antojos más extraños; en las últimas décadas, había sido el helado. ¿De dónde sacaba esa idea? “No me pongas esa expresión. Ambas sabemos que te encanta ir a por helado.”

“No me quejaba. Pero solo iré si comemos en el jardín,” dijo ella, colocando sus manos en las caderas. Mamá resopló y le revolvió el cabello, ya alejándose hacia su casa, flotando, como siempre, en el espacio vacío entre los Cuatro Reinos y el Reino del Sol.

“¿Dónde más podríamos comer?” preguntó ella. “Vamos, tal vez lleguemos antes que Alexander se lo coma otra vez.” Reika dudó un momento, pero la tentación del helado y de pasar más tiempo con mamá era demasiado grande. Lamiéndose los labios, la siguió, volando por los cielos sin apenas pensar.

A veces, el dulce era demasiado empalagoso para ella, pero... era tan deliciosamente indulgente. Comenzaba a entender lo que mamá quería decir cuando decía que había que disfrutar de las pequeñas cosas. Además, aunque a Alexander le encantaba el helado más que a nadie, no debería alterarse demasiado si comían un poco sin él. Al fin y al cabo, mamá siempre podía crear más.

En mi absoluta y total opinión imparcial, Reika quizás sea la criatura más adorable que exista. Todos mis hijos eran adorables, pero ella... ella era simplemente adorable. Actualmente, estaba sentada en mi jardín, una pequeña criatura que crecía justo detrás de la casa que había construido para mí y mis hijos, cada vez que dejaban sus reinos para visitarme. Sus manos estaban enterradas en la tierra debajo de flores hechas de luz dorada pura. Un tazón vacío de helado de chocolate yacía olvidado a su lado, con restos manchados a los márgenes de su boca, su lengua asomándose mientras trabajaba.

Sus cejas fruncidas en concentración, un mechón de cabello verde caía sobre su rostro mientras sus dedos seguían las raíces de las flores. Entonces, de repente, sonrió con brillo, y las flores de luz — ¿o eran girasoles...? No, flores de luz — temblaron en conjunto cuando la intensa luz dorada que emanaba de sus pétalos se suavizó.

“¡Lo hice!” dijo ella feliz, las flores en su cabello adquiriendo un tono más vibrante con su entusiasmo.

“Lo hiciste,” estuve de acuerdo, dejando mi té y aplaudiendo con aprecio. Hace poco, cambié mi helado por un té negro caliente — mi deseo por cosas dulces parecía estar disminuyendo, al parecer.

Con pasos brincando, Reika corrió hacia mí y me envolvió en un abrazo enorme, casi haciéndome caer de la silla. Me reí y la abracé de vuelta, soltándome tras un breve momento.

“¿Te molesta si tomo algunas de esas flores y las comparto con el Reino Material?” preguntó, mirándome con grandes ojos sinceros. ¡Qué descaro, usar su ternura como arma! ¡Es injusto! Pero, en realidad, no la hubiera rechazado aunque quisiera. “Supongo que lo que realmente quiero preguntar es si puedes hacer más para mí,” asentí lentamente.

“Claro, pero también sabes que tú misma puedes hacer algunas, ¿verdad?” pregunté, inclinando la cabeza. “Ups, eso salió quizás algo demasiado enérgico. Quise decir que, por supuesto, haré más para ti, pero pensé que te gustaría hacer algunas tú misma,” enmendé. Reika me miró con el ceño fruncido mientras me levantaba, cruzando los brazos.

—Me encantaría. Me encantaría cultivar mi propio jardín, como tú haces. Pero no sé cómo. No puedo crear cosas como tú—murmuró con cierto desdén. En ese momento, sonreí. Era hora de revelar mi plan maestro, con todo lo que le había enseñado—¡Llámame Señor Miyagi!

—Claro que puedes—dije, sin poder esconder la diversión en mi voz—. Quizá no puedas crear algo de la nada, pero los poderes de la creación no están fuera de tu alcance. ¿Qué crees que estabas haciendo en el jardín justo ahora?

—Eso es diferente—dijo ella—. Solo estaba manipulando energía.

—Es el mismo concepto—le expliqué—. Cuando hice esas flores, solo tomé un poco de esto—sacando un rayo de luz del aire—. y esto—tocando suavemente la nariz de Reika con mi dedo, haciendo que ella se riera y tomando un poco de esa energía vital que danza perpetuamente a su alrededor—. y los uní de esta manera. Con eso, enlacé dos formas de energía, usando un poco de materia de las bolas de caos primordial que flotaban detrás de mí, para darle una forma física. Lo que surgió fue una flor luminosa perfecta, brillando en su esplendor.

Reika permaneció en silencio un momento mientras plantaba delicadamente la flor junto a las otras. Cuando volví la vista, ella tenía los ojos cerrados y las manos juntas, casi como en una oración.

—Libera tu mente. Primero debes definir tu intención—¿qué deseas crear?—dije, manteniendo un tono suave y neutral—. Siente las energías dentro de ti y a tu alrededor. Quieren convertirse en algo. Guíalas—. Reika asintió, frunciendo el ceño.

Y abrí mis ojos.

El mundo se expandió ante mí. Naturalmente, podía ver energías e información mucho más allá de lo que cualquier mortal—y la mayoría de los dioses—podrían alcanzar. Pero cuando realmente me concentré y me abrí a toda la creación, fue casi...intenso. El karma cobró vida propia, colores imposibles de describir con simples palabras danzaban ante mis ojos, una sombra—me concentré a través de ella, forzándome a salir de la ensoñación que mi acción había provocado involuntariamente, enfocándome solo en Reika. Así podía observar las energías dentro de ella, la intención en sus acciones, incluso, era visible para mis ojos. De esta forma, podría prever lo que iba a hacer antes de que lo hiciera, incluso leer sus pensamientos.

Intencionadamente, evitaba mirar esas mismas energías, permitiéndole su privacidad y concentrándome en las energías que habitaban en ella.

Nueve hilos de energías elementales giraban en su interior, fluyendo hacia sus manos, donde se entrelazaban en sus palmas. Una corriente de energía vital bajaba desde la coronilla, proyectándose hacia su frente para formar una pequeña esfera entre sus manos. Sonreí al verla comenzar a tejer, enlazando cuidadosamente las nueve energías elementales como si tejiera un tapiz.

Ella logró su objetivo, y en su primer intento. Sin embargo, observé hasta el final, siguiendo el proceso y notando en qué podía mejorar si alguna vez me pedía ayuda. Solo cuando terminó, cerré mis ojos, permitiendo que el mundo se desvaneciera para disfrutar de su creación de una forma más sencilla.

Reika había creado una flor. Una flor con nueve delicados pétalos, cada uno compuesto por un elemento diferente: fuego, agua, relámpago, viento, tierra, madera, metal, luz y oscuridad. Y, sin embargo, el estigma... mi sonrisa se ensanchó al observar la energía que fluía en su interior, formando remolinos que indicaban caos, pero en realidad revelaban una verdad inherente a los elementos. Ninguno estaban en oposición exclusiva. Cada uno alimentaba al otro a su manera, dando paso a la vida.

—Hermosa—, dije con sinceridad. Reika se estremeció, levantando la vista como si hubiera olvidado que yo estaba allí. La sudoración perlaba su frente, sus ojos eran grandes e indefinidos, pero aún así sonreía ampliamente.

—¡Lo logré!— exclamó ella. Asentí con la cabeza y la acaricié con cariño, notando algunas de esas mismas flores que brotaban allí.

—Lo hiciste—, coincidí. —Buen trabajo—. Por un momento, nos quedamos en silencio, simplemente observando la flor, hasta que, con una sonrisa, Reika me la entregó. La recibí con delicadeza, sintiendo la sutil energía que fluía en su interior, rozando con mis dedos los pétalos. La vida en su interior se movía feliz bajo mi tacto, formando un pequeño espíritu vegetal que tarareaba una melodía.

—Queda esa—, susurró suavemente.

—¿Estás segura?—pregunté, ya sujetando la flor contra mi pecho como un niño que recibe un juguete. Reika soltó una risita, ocultando la boca con la mano mientras giraba en su sitio.

—Sí. Gracias, Madre. Creo... creo que necesito ir a pensar en lo que me enseñaste—, dijo con la voz distante. Sus pies se elevaron del suelo mientras se alejaba, claramente aún aturdida, regresando a su reino. La observé por un tiempo, volando por los cielos vacíos, y solo volví a mirar la flor cuando ya se encontraba a cierta distancia.

—Si tuviera una nevera, te colgaría allí. Esto es como si mis ahijados me entregaran su primer dibujo con dedos—, reflexioné, muy consciente del ojo que me observaba desde la sombra. Sabía que estaban allí desde hacía un tiempo, pero aún no había reaccionado. —Puedes salir ahora, Keilan—, dije.

Mi hijo salió de entre las sombras de mi casa, materializándose de una manera que él pensaba que era sigilosa, pero que a mis ojos resultaba claramente visible. Después de todo, no había pasado milenios examinando mis propios poderes y la naturaleza de la creación sin aprender algo al respecto. Además, lo había estado vigilando—lo había llamado aquí, después de todo.

—¿Por qué enseñas así?—preguntó, extendiendo sus alas de cuero y moviendo su cola con nerviosismo. Yo tarareé, buscando un lugar adecuado en el jardín para plantar la flor de Reika. El problema era que lo había llenado con mis propias plantas. Quería que su flor estuviera en un lugar que no fuera eclipsado por mis creaciones; no, simplemente no quería que se perdiera. Esa era la primera forma de vida que alguno de mis hijos había creado, aparte del Árbol de la Vida, que no contaba. ¡Debería ser el centro de atención! ¡Una vitrina!

—¿Enseñar cómo?—pregunté, invitándolo a seguirme mientras entraba en mi casa y abría la puerta de madera. El interior era simple y modesto; tenía una pequeña cocina equipada con utensilios para cocinar cuando no quería simplemente crear alimentos, una sala con un sillón mullido y una chimenea, y, por supuesto, cinco habitaciones. Una para cada uno de mis hijos mayores, y otra para mí. Pero no había lugar para la flor de Reika. ¿Debería añadir otra habitación? Quizá una galería de arte. Pensándolo bien, ahora que los reinos estaban más habitables, un taller también podría ser conveniente.

Hmm.

—Así. Nunca dando una respuesta definitiva, o simplemente mostrándonos cómo hacer algo—, me acusó mientras caminaba alrededor de mi casa, buscando dónde agregar las nuevas habitaciones.

—Hay muchas razones para eso. La principal, que las almas crecen enfrentando desafíos—, respondí, mirando mi gabinete de licores. Cientos de diferentes tipos de bebidas y licores estaban allí, guardados con magia poderosa y secreta. Por más que lo intentara, no había logrado replicar el whisky que hice al crear el universo... y era una bebida de calidad. —Sea por el deseo de resolver las cosas por uno mismo, para no depender siempre de mí, o por la frustración de no recibir respuestas directas—, añadí, —en circunstancias adecuadas, eso puede conducir al crecimiento—.

“No entiendo,” dijo Keilan.

“Lo sé,” respondí. Para mí también había sido sumamente frustrante aprender, cuando aún era mortal. El conflicto era la esencia misma de la vida. En las dosis y medidas justas, podía ser una fuente de inspiración. Sin conflictos ni desafíos, muchas almas y seres quedarían... satisfechos. Y, por ende, no tendrían deseo de crecer. “La otra razón es... bueno, déjame ponerte un ejemplo.”

Con un movimiento de mi mano, toda una pared de mi hogar se desintegró en nada, revelando una vista privilegiada del Sol del Reino. Keilan se apartó del brillo, y yo seguí adelante, ignorando su vacilación.

“¿Cómo se construye una casa?” pregunté. Keilan dudó, claramente creyendo tener una respuesta, aunque sabía que yo buscaba otra distinta.

“Así,” dijo, levantando las manos. Una oscuridad profunda surgió de sus palmas, sin moverla para rellenar la pared que acababa de destruir, sino que se rodeó en el aire, formando una réplica perfecta de mi casa. El poder oscuro se torció y brilló, reflejando incluso los colores, igual que la original.

“Muy bien,” comenté. “Pero, ¿por qué de esa forma? ¿Por qué no hacer una casa que luzca así?” Con un movimiento de mi mano, mis poderes aumentaron, volando fragmentos del caos primordial para crear una casa de cúpula, hecha de arenisca y conectada a las paredes de mi antigua casa, formando una habitación completamente nueva. Luego, con solo un pensamiento, la transformé en una larga casa de troncos, con un trono al estilo vikingo. Algo un poco desagradable, en mi opinión, pero solo quería demostrar un punto.

“Yo...” empezó Keilan.

“Cada uno de ustedes, niños, alberga un deseo en su interior,” comencé, reorganizando la estructura de la larga casa para que se adaptara mejor a mis gustos. Recordar toda la arquitectura que había visto en mi vida pasada me hacía sentir un poco nostálgico. “En el caso de Reika, era crear vida. Podría haberle mostrado directamente cómo hacer una flor, pero así solo podría crear una flor a la vez. Es como esta casa.

“Puedes usar madera para construir las paredes, pero, ¿qué tipo de madera? ¿Qué tal el color? ¿Tienes madera que sea de color púrpura, o la pintas así? ¿Por qué no usar piedra? Y la pintura, ¿cómo se fabrica? ¿O los clavos, para sujetar la madera, y dónde encuentras metal para los clavos y cómo lo fundes? Para nosotros, crear metal es algo sencillo, pero para las almas sin ese nivel de poder, requiere mucho más. ¿Y qué y cómo decoras un hogar?, ¿qué colores combinan y qué resulta de buen gusto? ¿Cómo influye la cultura en esto?”

Cada pregunta se respondía con otra adición a la nueva ala de mi casa: paredes de un rico nogal oscuro, llegando al techo abovedado, decoradas con oro y plata. Pisos de mármol, en tonos rojos y violetas, combinados en patrones elaborados que aún lucían naturales. Estanterías alineadas en las paredes, tapices entrecruzados que mostraban representaciones estilizadas de la creación, comenzando con el nacimiento de mis hijos. Columnas de mármol blanco sostenían una cúpula que añadí como un pensamiento posterior, con enormes ventanales de cristal que daban a una veranda, ofreciendo una vista privilegiada del Sol.

“Podría enseñarte cómo construir una casa,” permití. “Y muchas veces lo hago. Pero para alcanzar el nivel de perfección que deseas, necesitas aprender más. Profundizar, comprender los detalles, entender. Esa es la verdadera diferencia entre el poder de una alma y otra: el nivel de entendimiento. Algunos llaman a esto iluminación.”

—Entiendo. Creo que comprendo, —dijo Keilan.

—Bien —asentí con una sonrisa, formando en el centro de la habitación recién creada una pequeña maceta, en la cual planté la flor de Reika. Perfecto. Aunque aún falta reorganizar un poco la casa... sobre todo porque, conociéndome, querré conservar todas las pequeñas cosas que mis hijos hacen y me regalan. —Ahora bien, en realidad no te llamé aquí para darte una lección sobre la enseñanza.

—Sí, madre. Me disculpo si te desvíó del camino —dijo Keilan con una humilde reverencia.

—Siempre con tus formalidades —dije con cariño, alcanzándolo para despeinarlo, a pesar de su evidente molestia. Frunció el ceño y trató de apartarme con un gesto, pero permanecí firme, envolviendo su hombro con mi brazo y guiándolo hacia las grandes ventanas. Sentí que sus músculos se tensaban al acercarnos, mientras la luz del Sol del Reino acariciaba suavemente mi piel. —Todo está bien, Keilan. Estoy feliz de ayudar, de explicar, de compartir tiempo contigo. Pero la razón por la que te llamé aquí es para ayudarte con algo completamente diferente. Es hora de que afrontemos tu miedo al Sol.